

Kony y otras 'guerras sucias'

Desde el Ejército de Resistencia del Señor a Boko Haram, multitud de conflictos expresan con crueldad las pulsiones centrífugas de África

Por JAVIER VALENZUELA

Ninguna guerra es limpia. Ni tan siquiera las que libra Estados Unidos con su sofisticada tecnología militar, y ahí está para recordarlo la reciente matanza de 16 civiles afganos por un soldado norteamericano. No obstante, el lenguaje político y mediático contemporáneo ha acuñado el término de "guerras sucias" para referirse a aquellas en las que no hay en liza ejércitos nacionales, en las que los fines de los contendientes y los frentes de batalla no son claramente identificables, en las que no se hace el menor esfuerzo por distinguir entre combatientes y civiles, en las que, por el contrario, los civiles se convierten en blanco preferente y son tratados con sádica crueldad. En los últimos lustros, África se ha convertido en el escenario por excelencia de estas guerras sucias.

El miércoles pasado, el Tribunal Penal Internacional de La Haya emitió su primer veredicto en diez años de existencia: declaró culpable al señor de la guerra congolés Thomas Lubanga del delito de reclutar niños soldados para sus brutales campañas de limpieza étnica. Lubanga fue jefe de la Unión de Patriotas Congoleños (UPC), una milicia que hacia 2002-2003 intentó hacerse con el control de la región de Ituri, una de las mayores reservas de oro del mundo. La sentencia sienta un precedente que podría ser usado contra Joseph Kony si es capturado y presentado ante el tribunal de La Haya. Kony, un señor de la guerra ugandés, es ahora una celebridad internacional gracias a la campaña en su contra de la ONG norteamericana Invisible Children, la de crecimiento más rápido y viral en la historia de Internet.

Desde finales de los años ochenta, Kony lidera el Ejército de Resistencia del Señor (LRA en sus siglas en inglés). El LRA comenzó como una milicia que luchaba por los derechos del oprimido pueblo acholi y por un Gobierno basado en los 10 mandamientos bíblicos. Como en el caso del congolés Lubanga y el UPC, la especialidad criminal de Kony y los suyos ha sido el secuestro de niños para usarlos como soldados o esclavas sexuales. También, la mutilación de la-



Joseph Kony, con su hija Lacot y su hijo Opiyo, en el sur de Sudán en noviembre de 2008. Foto: Reuters

bios, orejas o narices de sus víctimas. Hoy el LRA cuenta con unos 300 combatientes, ya no es activo en el norte de Uganda y se ha trasladado al noreste de la República Democrática del Congo, un corazón de las tinieblas selvático donde campan por sus anchas diversas bandas, guerrillas y milicias. En diciembre de 2009, las huestes de Kony mataron a 300 personas cerca de una pequeña ciudad llamada Niangara (Congo); la mayoría fueron apaleadas hasta la muerte, otras fueron estranguladas o macheteadas y unas pocas tiroteadas.

La campaña Kony 2012 ha despertado una gran polémica, que se agriará tras la detención, el jueves, de su promotor Jason Russell por pasearse desnudo y supuestamente masturbándose en las calles de San Diego, un comportamiento que su esposa atribuye el estrés. Sus críticos le reprochan "simplismo" en sus contenidos, "paternalismo" en su enfoque y "comercialidad" en sus recursos narrativos. Sus partidarios argumentan que ha conseguido que millones de personas en el planeta conozcan la existencia de Kony y de sus víctimas. Tal vez, señalan, acciones como esta sean el único modo de que los dramas africanos lleguen al gran público. Esta misma semana, George Clooney ha utilizado su notoriedad como actor para denunciar en Nueva York y Washington que el régimen de Sudán sigue asesinando a civiles en las montañas Nuba, continuando así los horrores de Darfur. El viernes pasado, Clooney y otros activistas fueron detenidos cuando se manifestaban frente a la Embajada sudanesa.

En efecto, Kony no es un caso único. África sufre una auténtica plaga de guerras sucias. Protagonizadas por bandas, guerrillas, sectas, milicias o grupos fundamentalistas, las hay en Congo, Somalia, República Centroafricana, Burundi, Sudán, Sudán del Sur, Chad, Níger y Nigeria. En *The New York Review of Books*, comentando el libro *Warfare in independent Africa*, de William Reno, el periodista Jeffrey Gettleman ha señalado que muchas tienen en común el secuestro de niños para su conversión en máquinas de matar. "Los niños", escribe Gettleman, "son el arma perfecta: duros, fácilmente manipulables, intensamente leales, sin miedo, y en África constituyen un suministro inagotable. Depender de niños soldados significa depender de la magia y la superstición: se les insta a untarse con aceite de palma de coco como escudo contra las balas".

Tras la II Guerra Mundial, los africanos se alzaron contra el colonialismo y el *apartheid* y pagaron un elevado precio de dolor y sangre para conseguir la independencia de

Muchos grupos armados africanos tienen en común el secuestro de niños para convertirlos en máquinas de matar

sus países. Los nuevos Estados decidieron mantener las fronteras establecidas por las potencias coloniales. Aunque eran arbitrarias, y con frecuencia disparatadas geográfica, étnica y culturalmente, la Organización para la Unidad Africana (OUA) las declaró sagradas. Así se sentaron las bases para que las guerras entre Estados fueran escasas y, en cambio, abundaran las civiles.

Amparados por sus protectores en Washington o Moscú en aquellos tiempos de guerra fría, la mayoría de los líderes africanos no promovieron Estados mínimamente solventes y democráticos, y optaron por tiranías sectarias y corruptas. Es lo que ocurrió en Sierra Leona, en África Occidental, un país rico en diamantes y escenario de una de las guerras sucias más conocidas internacionalmente, la desencadenada en los años 1990 por el Frente Revolucionario Unido (RUF en sus siglas en inglés) de Foday Sankoh. El RUF se haría célebre por la práctica sistemática de la amputación de piernas y brazos para espantar a sus rivales.

En *Warfare in independent Africa*, William Reno argumenta que las guerras sucias africanas se han disparado tras la caída del muro de Berlín porque Washington y Moscú promovían la unidad de los rebeldes que cada cual apadrinaba. Ahora ningún poder exterior amortigua las tendencias centrífugas; al contrario, traficantes de armas y comerciantes de oro, diamantes y cobalto prefieren exacerbarlas en beneficio propio. El resultado son millones de muertes de civiles y la generalización de horrores como las violaciones masivas de mujeres.

En el archipiélago de fuerzas insurgentes en el África subsahariana, los que aparecen como más motivados ideológicamente y mejor organizados son grupos islámicos

como Shabab, en Somalia, y Boko Haram, en Nigeria. En sintonía con los postulados de Al Qaeda, combaten por un califato basado en una tosca lectura del islam.

El movimiento nigeriano, cuyo nombre en lengua hausa significa algo así como "la educación occidental es pecado", estremeció al mundo la pasada Navidad con sus atentados contra iglesias cristianas repletas de fieles. Fundado hacia 2002 por el carismático predicador Mohamed Yusuf en la ciudad de Maiduguri, Boko Haram se radicalizó a partir de que Yusuf fuera capturado y asesinado en 2009 por fuerzas gubernamentales nigerianas.

Como tantas otras, la insurgencia de Boko Haram se enraíza en la historia africana anterior a la colonización, en el califato de Sokoto que gobernó un amplio territorio de lo que hoy son el norte de Nigeria y Níger y el sur de Camerún. Desde la conquista de Sokoto por los británicos en 1903, persiste entre los musulmanes de esa zona una fuerte resistencia a la occidentalización.

"En tiempos anteriores a la colonización —así que tampoco hace tanto—, en África habían existido más de 10.000 países, entre pequeños Estados, reinos, uniones étnicas y federaciones", recordó el periodista polaco Ryszard Kapuscinski en *Ébano*. El colonialismo europeo lo dejó en medio centenar de Estados artificiales. Ahora la historia vuelve a África por la puerta de atrás y aquel "fulgurante mosaico" que embriagaba a Kapuscinski con "su versatilidad, su riqueza, su resplandeciente colorido" exhibe en las guerras sucias su rostro más horroroso. ●